

más que del temor a usar un coeficiente de correlación por rangos cuando debiéramos usar uno pearsoniano)... nos hacen reconocer no sólo eso sino también que no se puede creer que una solución buena para un momento se puede seguir aplicando sin cambio en otro, pues siempre hay un punto crítico en el que la *misma solución* (en este espacio curvo de las conductas humanas) pasa del ámbito positivo al negativo. Pues, justamente es el mismo dinamismo político el que hace que el hombre se vea atacado, hoy, con las armas que ayer le sirvieron para defenderse; que la que es hoy su medicina, será mañana su veneno.

Enhorabuena que Bratt Paulston y otros se unan a la falange de preocupados por la sociolingüística; pero ojalá (quiera Dios) que tanto ellos como nosotros estemos dispuestos a rigorizar nuestros conceptos y a depurar nuestras decisiones, en vez de contribuir a hacerlos más confusos y más perjudiciales.

Y, estimada Christiana: ¡No nos eche en cara nuestro quijotismo, no sea que alguien le eche a usted en cara su pragmatismo! Nuevamente, bienvenida. Que lo valiente tampoco quita lo cortés.

Oscar Uribe Villegas

*Manifestaciones Armenias en el Mundo.* Texto de una exposición analítica hecha en la Academia Diplomática de Ankara. Enero de 1971.

En estos años, el concepto de "persona" parece estar a punto de naufragar, sumergido en el concepto de "miembro de un grupo social", burda simplificación de los legos en sociología que los estudiosos en esta materia *tienen* que repudiar. Se olvida, en efecto, que la membresía o afiliación a un grupo es *uno* de los elementos componentes de la personalidad, pero

que ésta no se agota en ella. En la práctica, esa ignorancia y la correspondiente actuación en términos simplificados, clasificatorios es la que hace que católicos y protestantes en Belfast se asesinen conservando su buena conciencia, sobre la base de tener una religión distinta y sin considerar que la persona concreta a la que matan *Ad majorem gloriam Dei* (!) pueda ser buena, bella, justa, sabia, y pueda ser también el mejor de los compañeros posibles (mejor incluso que los del propio grupo y de la misma religión) para la amistad y para el amor condenándola y ejecutándola —en país civilizado de *Rule of Law*— incluso antes de haberla juzgado.

Para los jóvenes de "Septiembre Negro" tampoco importaba la personalidad de cada uno de los deportistas israelitas a los que asesinaron en Munich; a buenos y malos por igual, por el solo hecho de caer en una clasificación sociológica (que quizás no era el elemento determinante o preponderante de su personalidad); a todos, llevados de una asesina manía clasificadora que no sabemos hasta dónde pueda llevarnos, puesto que, en última instancia, no hay ser humano que pertenezca absolutamente a todas las clasificaciones a las que yo pertenezco y, en tales condiciones, yo puedo sentirme "dueño" de la vida de todos los demás al tiempo en que todos y cada uno de ellos se sentirán "autorizados" a disponer de la mía.

La idea de que cada persona es distinta y de que a cada quien, independientemente del grupo al que pertenezca hay que juzgarle según sus méritos, desaparece incluso —de acuerdo con este burdo sociologismo— hasta para un armenio, "pensador religioso", avecinado en Los Ángeles, quien trayendo del Viejo al Nuevo Mundo antiguos odios asesinó al cónsul y al vicedcónsul turcos (este último, joven excelente que iniciaba venturosamente su carrera) sin tener en cuen-

ta sus personalidades (pues no les conocía incluso), por el solo hecho de ser turcos; por el solo hecho de representar a un Estado odiado; por el hecho de haber sido en Turquía (y en Rusia soviética, según su propia declaración) en donde habían asesinado a los miembros de su familia.

En el último de estos casos; en ese asesinato de los funcionarios consulares turcos por un armenio, el crimen fue, más precisamente, la cosecha amarga de una vieja siembra de suspicacias y de odios, propiciada por las grandes potencias de otra época, llenas de ambición y rivalidad imperialista (Inglaterra y Rusia) dispuestas a promover y atizar rencillas internas de un Estado, con el fin de doblegarlo y someterlo.

El expositor de la Academia Diplomática de Ankara señala, en efecto, que antes de la segunda mitad del siglo XIX no había habido "problema armenio" y, fuera de la validez histórica incontestable que parece tener su afirmación, también es cierto que sociológicamente su planteamiento es válido a pesar de que la historia muestra que ha habido armenios en el actual territorio turco desde hace varios siglos. En efecto, puede existir una cierta situación *de hecho* sin que exista la problemática correspondiente: un problema social surge de una determinada definición situacional que hacen ya uno, ya otro, ya ambos participantes en ella, o de la que alguien ajeno a ellos (como ocurre en el caso según el expositor) imbuye en uno, en el otro o en ambos.

"Armenia" es un nombre geográfico que ha existido desde hace mucho tiempo, que deriva del hebreo y que sustituyó al viejo toponímico Urtú que significa "alturas". En la región respectiva se establecieron, hacia el siglo VII unos indoeuropeos: los *hay*. Les siguieron otros inmigrantes; los invadieron los asirio-ninivitas; los dominaron los medos, los persas, los seleucidas, los partos. Fueron

conquistados por Alejandro, por los persas y los romanos, y estos últimos pusieron al frente de la administración a algunos jefes *hay*.

Entre el Bizancio cristiano y la Persia mazdeísta, ante el ataque árabe, debilitada Persia, los *hay* cristianos se independizaron en el siglo IV. En el IX, la constelación de fuerzas había cambiado; bizantinos, persas y árabes disputaban entre sí, ya en la decadencia, mientras los seleucidas, venidos de Asia Central, controlaban Anatolia, y los Balcanes. Cuando llegaron los cruzados, dieron a los armenios cristianos la administración de Cilicia que no pudieron seguir detentando cuando sus aliados salieron de la región. En el siglo XIV, los otomanos habían impuesto ya su dominio desde Occidente hasta Oriente, hasta Armenia, y los armenios pasaron a depender del Imperio Otomano.

A los *hay* se les llamó armenios a partir de su unión con los cruzados. Después, dentro del Imperio Otomano, dominado por el Sultán-Califa, de religión islámica, disfrutaron de los mismos derechos que los otros súbditos otomanos, mantuvieron su religión y construyeron escuelas, iglesias y hospitales, mientras algunos de ellos —como Narodonkian— alcanzaban incluso las más altas dignidades del imperio. Según el expositor, ni antes ni ahora han llegado a constituir los armenios una mayoría estadística (pues en ningún lugar de la vieja o de la nueva Turquía pasaron del 30% de la población) y si bien aprenden en sus escuelas el armenio, también utilizan el turco o el árabe.

El problema armenio —dice el expositor— es "una historia inventada por la Rusia de los Zares... para apoderarse de la herencia otomana", utilizando la coyuntura de que también había armenios en el Cáucaso ruso, pues la política zarista (contra la soviética que, según Lacqueur ha prevenido a los armenios

soviéticos en contra de cualquier tipo de chauvinismo perturbador en la región) consistía en fomentar la insurrección entre los armenios turcos, gracias a las incitaciones de agentes provocadores armenio-rusos.

En el Tratado de Berlín, Rusia se aseguró los medios de intervenir en el Imperio Otomano, mediante la inclusión de la cláusula que le daba derecho a proteger a las minorías cristianas (entre las que se contaban los armenios). En 1890 (al día siguiente, casi) hubo actos armenios de terrorismo y el Sultán Abdulhamid II los reprimió severamente.

Durante la primera guerra mundial, Rusia (en el campo aliado) promovía el terrorismo armenio dentro del Imperio Otomano (aliado con Alemania) y los armenios asesinaban a los turcos desde la retaguardia, por lo que estos reaccionaron violentamente, ajusticiando a los culpables y deportando en masa a familias enteras (conforme a un viejo concepto, ya superado que extiende la culpabilidad del individuo a la familia, al grupo), lo cual "brindó ocasión a los aliados para hacer propaganda contra el Imperio". Es la época en que Inglaterra y en otros países se publican los conocidos libros "sobre las atrocidades cometidas por los turcos contra los armenios".

Cuando Estados Unidos de América entran en la guerra, la opinión estadounidense está ya sensibilizada contra la "barbarie turca". El expositor, enseguida, nos ofrece un ejemplo de resultante sociológica de ciertas coyunturas internacionales en un país que, de un lado es capitalista y de otro nutre una honda tradición filantrópica, ya que, en un país así, hasta la filantropía puede resultar sentimiento explotable por quienes están dominados por un afán de lucro y se han desprovisto de todo tipo de principios éticos. Así aparecieron en esa época las sociedades de ayuda a los armenios que, progresivamente se desviaron de su obje-

tivo inicial por la acción de "propagandistas casi profesionales que vivían cómodamente de ese oficio".

Los primeros ministros en turno también explotaron el humanitarismo del pueblo inglés, para perseguir objetivos menos atractivos para el espíritu del hombre común, atrayentes para el virtuosismo de los políticos profesionales, soterrada o abiertamente enfermos de megalomanía. Se trataba de poner un tropiezo al avance ruso hacia el Mediterráneo que ponía en peligro el imperio británico en la lejana Asia, y para ello, un movimiento de peones consistía en prometer una administración autónoma a los armenios del imperio otomano y, también, del ruso, en su momento.

Llegado el momento, el principio wilsoniano de nacionalidades —intervención de catedrático en la política que acabó planteando casi tantos problemas como los que intentó resolver— habría de esgrimirse para intentar un cambio en el mapa político del Asia menor. Pero, como recuerda el expositor, el principio no resultaba aplicable a Anatolia en la misma forma en que había resultado útil en los Balcanes, pues si en unos los turcos eran minoría, en la otra constituían evidentemente la mayoría de la población.

El Tratado de Sevres —grito de triunfo lanzado a destiempo por las potencias imperialistas— había intentado consagrar el desmembramiento y la aniquilación total no sólo del imperio otomano, sino de Turquía misma, núcleo del imperio; pero el tratado había "nacido muerto" gracias a la voluntad del pueblo turco que —con un gran realismo, en un momento de crisis— renunció al dominio imperial sobre los territorios sojuzgados durante siglos por los otomanos, pero no a su reducto anatólico. Gracias a esa voluntad nacional, expulsada a los invasores extranjeros (griegos, italianos, franceses) respaldados expresa o tácitamente por Inglaterra y, cuando los fugitivos

—según el expositor— saquean e incendian Esmirna y otras ciudades, “la propaganda subversiva trata de achacar esos crímenes al ejército turco de liberación”.

El Tratado de Lausana (Lausanne) soluciona los problemas de la guerra y, por ello —como indica el tratadista diplomático, en este momento, el invocar el de Sevres para reclamar la creación de un Estado Armenio o la de uno Kurdo, en detrimento del territorio nacional turco, sería tan insensato como invocar los acuerdos impuestos por los nazis al gobierno de Vichy, para reivindicar los derechos que supuestamente emanaran de los mismos.

En su parte final, el expositor delata a “algunas potencias imperialistas” como las culpables de que durante el último siglo se hayan provocado subversiones, actos terroristas, represiones y aun sacrificios de víctimas inocentes; crímenes que los directamente afectados suelen atribuirse erróneamente unos a otros, de tal modo que si bien son unos quienes cometen materialmente tales crímenes, son otros —que se ostentan inmaculados— quienes son sus verdaderos autores intelectuales.

Y si bien el caso de los armenios en la Turquía del siglo pasado y en el presente puede parecerle lejano al mexicano de hoy, el sociólogo puede y debe cambiar ciertos nombres, colocar en vez de un tipo de grupo otro y descubrir la semejanza de aquellas situaciones con otras nuestras, con nuestro predicamento actual: el de estos años que posiblemente pasen a la historia como los de “la gran conspiración contra México”.

Oscar Uribe Villegas

Elena E. de Hollenbach: “El parentesco entre los triques de Copala, Oaxaca.” *América Indígena*. xxx-v. México, 1973. pp. 167-185.

El parentesco y los términos con que se le designa determinan un espacio social

y un dominio sociolingüístico. Elena E. de Hollenbach estudia los de los mexicanos de Copala, Oaxaca, en lengua trique, y si bien su presentación no parece objetable desde el ángulo de la etnografía más o menos tradicional, es probable que —con todo— los sociólogos y los sociolingüistas deban tratar de orientar ésta y otras presentaciones etnográficas hacia formas expositivas más escuetas; hacia notaciones más compactas, hacia simbologías que —al menos en su inspiración— sean matemáticas.

De la exposición de la autora, se desprende que en el espacio social total (que en el ámbito de las relaciones interhumanas) de Copala, se demarca uno, subtotal, que corresponde a la esfera del parentesco; que entre los parientes, se distingue a los consanguíneos, al cónyuge, a los cónyuges de los consanguíneos, a los consanguíneos del cónyuge, a los parientes rituales y a los parientes por matrimonios secundarios; que, en cuanto a generación, existen los de la generación de ego; los de las previas y los de las posteriores a ego; que se distingue entre los parientes directos y los colaterales; que se reconoce —en las denominaciones— el sexo del pariente y la igualdad o diferencia entre éste y el de ego.

Si bien éstos no son todos los criterios de distinción posibles para los parientes, si son éstos los más frecuentes, y por ello permiten que se les tome como punto de partida para una exploración preliminar sobre cómo se pueden cifrar las relaciones parentales no sólo en Copala, sino en muchas comunidades de dentro y de fuera de México.

A partir del caso concreto estudiado por la señora de Hollenbach, reconocemos una primera distinción simple (pariente-no pariente); una segunda, compleja (consanguíneos, cónyuges, consanguíneos de cónyuge, cónyuges de consanguíneos... parientes rituales...) que encubre varias que deben analizarse en